

Amanda Labarca H.

MEDITACIONES BREVES

SOCIALIZACION

HORA de privaciones suena en el mundo. Hora de frenar en la carrera vertiginosa tras el dinero que, conseguido, pone blandos los músculos, floja la voluntad e inerte el espíritu. Hora de detenerse a meditar.

Afirman algunos sesudos doctores que el exceso de máquinas es lo que ha provocado la sobreproducción y con ella el descenso de los precios y la miseria mundial. ¿Será así? ¿No ha sido siempre la máquina un instrumento que a la vez que pone al servicio del hombre fuerzas naturales—pensatez, vapor, electricidad—le ahorra esfuerzos? ¿Por qué va a ser ello perjudicial a su progreso? Cuanto instrumento ha inventado éste: desde el arado, el remo y la aguja ha concertado energías y servido a su elevación espiritual. La gran maquinaria de la hilandería moderna, por ejemplo, es la continuadora del antiguo telar y éste a su turno, de la devanadera y de la aguja. ¿Por qué habría de ser el artefacto de hoy un instrumento de miseria y de esclavitud, y el antiguo de liberación y de cultura?

La raíz del mal no nos parece que está en la máquina, sino en un mal ajustamiento entre el hombre y

ella. Esta representa un caudal de energía socializada; en otros términos, es el producto de la colaboración de muchos hombres, no sólo del presente sino también de ayer; no sólo de esta tierra sino de todas. Un individuo que ha levantado su fortuna con el auxilio de sus antepasados, o con el sobreprecio que el progreso social ha permitido o en cualquiera otra forma, adquiere una de esas maquinarias y pretende usufructuar de ella individualmente; quiere obtener de ese instrumento socializado un beneficio individual, obtener para sí un alto interés del cual es dueño y que la ley le permite distribuir casi a su antojo.

Parece que hubiera un manifiesto desequilibrio entre la forma de propiedades y trabajo individual, y los instrumentos socializados de producción; entre las leyes resultantes de un estado de labor unipersonal y el hecho del trabajo colectivo que representa el taller moderno. Presenciaríamos una crisis de sincronización entre la máquina socializada y el hombre asperamente individualista aún.

Un ensayo de cooperativismo en gran escala se presenta como un medio para realizar esa concordia que actualmente falta. Pero el cooperativismo exige una honradez individual, una comprensión de los intereses comunes, una cultura superior a la que es hoy el patrimonio de las grandes masas. Exige una transformación espiritual del hombre, una adaptación a nuevas formas de moral y de derecho que sería fácil efectuar sobre trozos de papel—códigos o textos de enseñanza—pero muy difícil de inscribir en la propia alma humana, en condiciones normales. Y acaso esta crisis sea necesaria para ponerla en estado de aprender una nueva lección.

Sólo cuando nos convenzamos de que la moral fieramente egoísta ha hecho crisis, podremos vislumbrar una nueva era de concordia espiritual, de paz y de amor humano.

Pueblo y gobierno que aprendan primero a adaptarse a este cambio en el equilibrio de las fuerzas materiales y espirituales, que legislen con mayor cordura en estos problemas, que evolucionen con menos sacrificios cruentos, con menos desgaste inútil de vidas, de energías y de tesoros culturales, serán los que en el futuro próximo guíen a los demás y se coloquen a la cabeza de la historia. Gobernar es prever. Es adaptar el pasado a un futuro que sólo el genio o la meditación honda, constante y estudiosa pueden vislumbrar.